Editorial

Acontecimiento

1999/4 • AÑO XV • Nº 53

El acontecimiento será nuestro maestro interior. Emmanuel Mounier

EDITA

Instituto Emmanuel Mounier
Melilla, 10 - 8° D
28005 Madrid
Dirección del I. E. M. en Internet:
http://www.pangea.org/spie/iem
Correo electrónico:
iem@pangea.org

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis A. Aranguren Gonzalo
José María Berro
Juan Ramón Calo
Antonio Calvo (Presidente
del Instituto E. Mounier)
Luis Capilla
Carlos Díaz
José Fernández (SOLITEC)
Luis Ferreiro (Director)
Teófilo González Vila
Eduardo Martínez
Manuel Sánchez Cuesta
Andrés Simón
Rafael Á. Soto
José María Vinuesa

Correo electrónico Director: lferreiro@interbook.net

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral. Administración, suscripciones, publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier Melilla, 10 - 8° D 28005 Madrid Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Diseño y producción:



Una mirada al rostro del anciano

Carlos Díaz Miembro del Instituto E. Mounier

🖣 n la cultura griega homérica y pindárica el término viejo», «el más importante», y por derivación «las cosas pertenecientes a Dios», lo divino, en comparación con lo humano. «Nada considero más importante —presbyteros— que la sensatez», dice Eurípides. Al anciano, quintaesencia de la sensatez, le corresponde en el orden social, por su experiencia y sabiduría, el rango y la jerarquía (Platón), el respeto y la autoridad. Aristóteles llega a identificar expresamente sófoi (sabio) y presbyteros. Desde Esquilo el adjetivo pasa a ser sustantivo, la ancianidad, que él mismo cifra a partir de los cincuenta años. Esparta y Atenas llegaron a conceder al viejo el derecho a mandar sólo por ser viejo.

Algo similar habían visto antes los hebreos, donde el término *Zaqen* significaba «barbudo», hombre con plenos derechos, anciano. Los «ancianos de Israel» (Ex 12) son los representantes del conjunto de Israel. La autoridad del anciano impregna todo el Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento fue san Lucas el primero que no sólo utilizó el término *jristianoí* (cristianos) para designar a los seguidores de una comunidad cristiana (Hch 11, 26), sino que introdujo asimismo la expresión *presbyteroi* para designar a los hombres que

dirigían la comunidad cristiana de Jerusalén.

Los españoles, hebreos de origen por el Antiguo Testamento, y griegos por otro lado, en el idioma del Nuevo Testamento, somos herederos de una cultura de la ancianidad. Contra ella se opone el funcionalismo americano, con su absoluto menosprecio de lo que es viejo y su adoración por lo que es dorado, es decir, apariencial. Es esa una de las dimensiones diabólicas que el Islam condena como lo diabólico yanky: la hipervaloración de lo joven con menosprecio, arrinconamiento, ocultación y maquillaje de lo arrugado, lo viejo humano. Un rostro viejo y con arrugas no le sirve a El Corte Inglés, a menos que convierta la

Temas de Acontecimento para el año 2000*

Nº 54. Vocación y realización de la persona.

Nº 55. Una utopía para el tercer milenio.

N° 56. E. Mounier, un maestro para nuestro tiempo (50° aniversario de su muerte).

Nº 57. El mundo rural.

(*) Los títulos son provisionales.

arruga en argumento de venta («la arruga es bella»), una arruga desarrugada y manipulada para lucir mejor no la vejez sino la «tercera edad», es decir, el tercer consumo.

El rostro del anciano: desnudez que rechaza todo atributo y que no viste ningún ropaje. Parte la más inaccesible del cuerpo, la más vulnerable. Trasparencia y pobreza. Muy alto, el rostro del anciano se me escapa; muy débil, me inhibe cuando miro sus ojos desarmados, sin defensa: por eso me infunde vergüenza mi frialdad o mi imperturbabilidad ante él.

A merced mía, ofreciéndoseme, infinitamente frágil, desgarrado como un llanto suspendido, el rostro del débil, dice Finkielkraut, me llama en su ayuda, y hay algo imperioso en esta imploración: su miseria no me da lástima; al ordenarme que acuda en su ayuda esa miseria mueve mi ser intensamente. La humilde desnudez del rostro

tro reclama como algo que le es debido mi solicitud y hasta se podría decir, si no temiera uno que este término hubiera sucumbido al ridículo, mi caridad. En efecto, mi compañía no le basta a la otra persona cuando esa compañía le llega sólo desde afuera; sólo le llega como de lo alto si, a pesar de mí mismo, mi ser se encamina hacia él con todo mi ser.

El viejo: piel con arrugas, sí, y sin embargo no adversario de mi yo, sino carga que me está confiada. El rostro del otro anciano me acusa de no ocuparme por él sino sólo por mí mismo, y me recompensa cuando me libera del yo y del narcisismo. Es el rostro del otro el que me despoja de mi soberanía y me pone radicalmente a merced de él, desarmado. No soy yo quien se lanza hacia el otro en un impulso generoso, es el otro quien toma la iniciativa aunque no haga nada, con su sola presencia.

Sólo un yo vulnerable puede interesarse por su prójimo, especialmente por el prójimo desvalido. El otro se interpone en mi camino, y a veces tengo ganas de escapar porque me incordia, diciendo entonces: «ese no es mi problema»; mi escapada, empero, me acusa. De todos modos, también el encuentro con el rostro del otro, más que conflicto, me ofrece la ocasión para ejercer la responsabilidad, cuyo rechazo constituye el pecado, y me ofrece también amor.

El rostro del anciano no me pide grandes discursos, sino solicitud, cercanía, intensa cotidianidad, ser para él un hombre corriente que hace bien su trabajo, que saluda y acompaña, y que se retira discretamente. El rostro del otro, realidad demasiado compleja, revoltijo de signos y de símbolos con la naturaleza de unas arenas movedizas, es lo profundo personal.

IMPRESO PARA DOMICILIACIÓN BANCARIA fotocopie y envíe este formulario Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid) Para enviar a su Banco o Caja Nombre Lugar y fecha Apellidos Banco o Caja Domicilio Domicilio del Banco o Caja Población Provincia C.P. Agencia Nº Nº de cuenta Sr. Director de la Sucursal: Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números) Le ruego que hasta nuevo aviso se sirva abona los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Entidad Agencia D.C. Número de cuenta Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros. Firma. Importe: pesetas, que corresponden a (marque lo que corresponda): Suscripción a la revista Acontecimiento (4 números, 2.000 pesetas). Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 4.000 pts./año).